

EL RITUAL EN EL MUNDO MAYA: DE LO PRIVADO A LO PÚBLICO

Edición de:

Andrés Ciudad Ruiz

M.^a Josefa Iglesias Ponce de León

Miguel Sorroche Cuerva



Sociedad Española de Estudios Mayas
Grupo de Investigación. Andalucía-América:
Patrimonio Cultural y Relaciones Artísticas (PAI: HUM-806)
Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, UNAM

PUBLICACIONES DE LA S.E.E.M. NUM. 9

EL RITUAL EN EL MUNDO MAYA: DE LO PRIVADO A LO PÚBLICO

Editores:

Andrés Ciudad Ruiz
M.^a Josefa Iglesias Ponce de León
Miguel Sorroche Cuerva

Sociedad Española de Estudios Mayas
Grupo de Investigación. Andalucía-América: Patrimonio Cultural
y Relaciones Artísticas (PAI: HUM-806)
Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, UNAM

Madrid 2010

ESPACIALIDAD Y RITUAL EN MACHAQUILÁ, PETÉN, GUATEMALA¹

Andrés CIUDAD RUIZ, Alfonso LACADENA GARCÍA-GALLO,
Jesús ADÁNEZ PAVÓN y M.^a Josefa IGLESIAS PONCE DE LEÓN
Universidad Complutense de Madrid

Público y privado constituyen, antes que una dicotomía estricta, dos segmentos de un *continuum* con tonalidades diversas. En un trabajo dedicado al estudio de la significación cultural del territorio, José Luis García (1976) abordó ambos conceptos desde la perspectiva analítica de lo que denominó el *régimen de exclusividades*. Sobre la base de esta visión, cabe afirmar que todo ritual, ubicado en un marco espacial conveniente, exige o permite la presencia en él de ciertas categorías de personas («exclusividad positiva») y excluye la de otras («exclusividad negativa»); y que es la variable combinación de inclusiones y exclusiones requeridas la que, en correspondencia con el sentido de las ceremonias, sitúa un ritual más cerca del polo público o del polo privado. La afirmación puede, además, enunciarse de forma inversa: el carácter más excluyente o integrador de un ritual, en la medida que es parte de las estipulaciones de éste, arroja luz sobre el sentido que se le da.

La reflexión que se presenta a continuación es, precisamente, una revisión e interpretación de las evidencias rituales detectadas en las excavaciones arqueológicas de Machaquilá —un centro urbano del periodo Clásico ubicado a orillas del río del mismo nombre, en Petén (Figuras 1 y 2)— articulada a través de sus diversos grados de exclusividad. Combinamos así la atención hacia los restos muebles que indican actividad ritual con la atención hacia la configuración espacial de la ciudad, la cual se considera en su vertiente de escenario y auditorio para la representación ceremonial.

¹ Este ensayo es consecuencia del Proyecto: «La entidad política de Machaquilá, Petén, durante el Clásico Tardío y el Clásico Terminal» (N.º de Referencia BHA2002-03729, finalizado en diciembre de 2006), y se presenta en el marco del Simposio Internacional: «Ritual público, ritual privado en el mundo maya», patrocinado por el Subprograma de Acciones Complementarias a Proyectos de Investigación Fundamental No Orientada (referencia HAR2008-02428-E) del Ministerio de Ciencia e Innovación.



Fig. 1.—Plano de Machaquilá (levantamiento y dibujo de J. Chocón).

Los trabajos realizados en Machaquilá entre 2001 y 2005 han permitido profundizar en el conocimiento de las estructuras arquitectónicas y su articulación temporal y espacial, pero es preciso señalar que, salvo una excepción notable que se corresponde con el Cuadrilobulado de la Plaza A, estos trabajos obtuvieron resultados parcos en lo relativo a los contextos de índole ritual y al volumen del repertorio cerámico (Figura 3). Esto tiene que ver, por un lado, con el tipo de excavación que se practicó, orientada principalmente hacia la detección de pisos sucesivos en las plazas y la delimitación de estructuras, sin penetrar nunca en los basamentos; no obstante, también ha de responder en parte a la duración relativamente corta de Machaquilá como centro urbano y capital dinástica (en torno a 200 años, desde fines del siglo VII d.C. hasta la segunda mitad del siglo IX; véase Ciudad y Lacadena 2006, 2008). Si asumimos que el reducido repertorio es

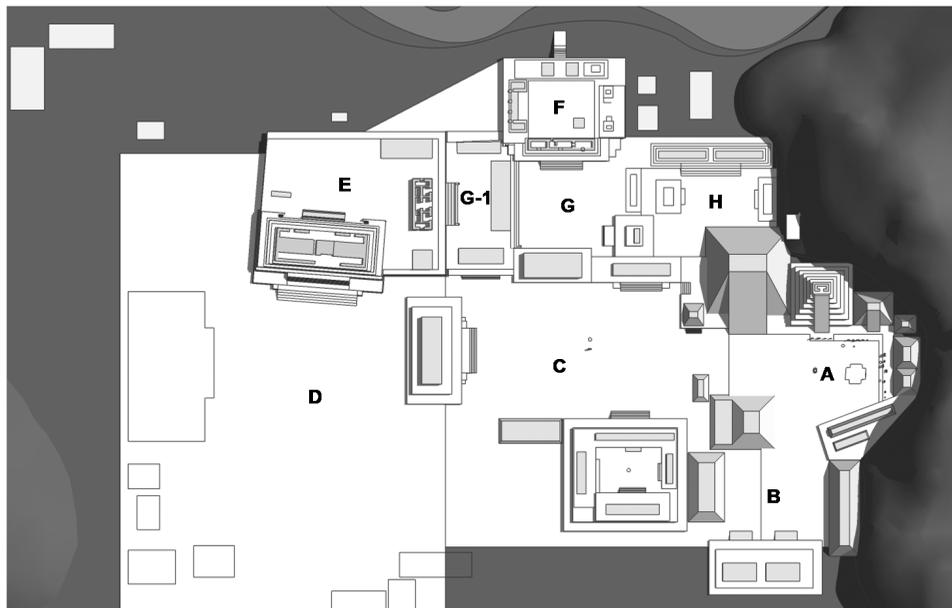


Fig. 2.—Croquis del área central de Machaquilá (dibujo de J. Adánéz).

una característica propia del lugar, y no sólo un efecto de la forma de su excavación, y si consideramos el porcentaje de presencia de fragmentos de incensario dentro de ese repertorio como un indicador de prácticas rituales (Figura 4), la impresión resultante podría ser, salvo por el caso de la excepción notable ya aludida, la de una ciudad descreída. Obviamente, hay otras evidencias que se oponen a esa interpretación: la erección, durante su relativamente breve ocupación, de 19 estelas y 6 altares, la construcción y el uso del mencionado cuadrilobulado en la plaza que concentra el mayor número de esas estelas y el mayor número de estructuras piramidales, el esfuerzo invertido en el despliegue iconográfico asociado a algunos edificios, la configuración misma del centro monumental atendiendo a parámetros relacionados con el ritual, o la propia presencia —en fin— de ofrendas consideradas ahora al margen de su volumen dentro de la muestra total.

En primer lugar vamos a centrarnos en el análisis del cuadrilobulado de la Plaza A, por su singular carácter como ámbito que consideramos claramente ceremonial, para proseguir con el estudio de la configuración urbana de todo el centro monumental, distinguiendo el grado de exclusividad de sus plazas y, por implicación, de los rituales presumiblemente practicados en ellas; por último, pasamos revista a los depósitos rituales recuperados en el transcurso de las excavaciones en el resto del sitio.

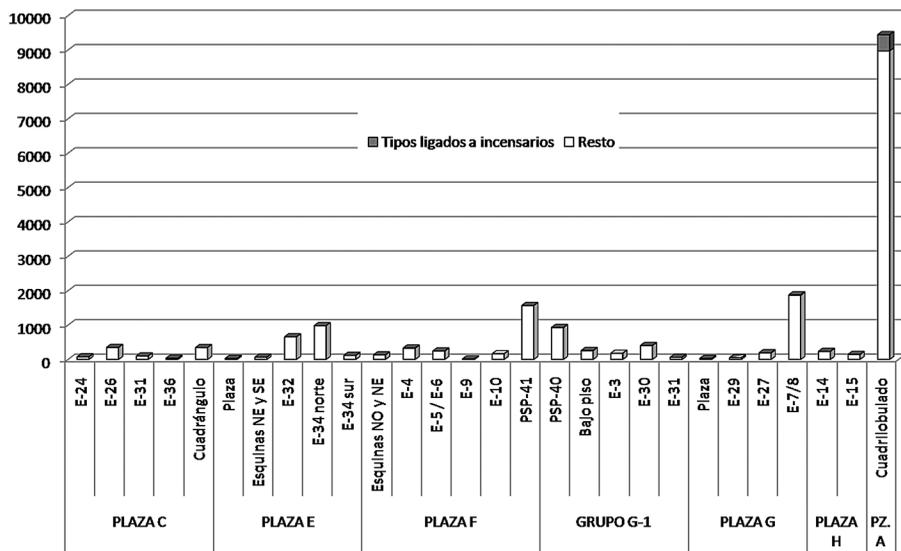


Fig. 3.—Frecuencias de aparición de incensarios y otros tipos cerámicos por estructura y plaza.

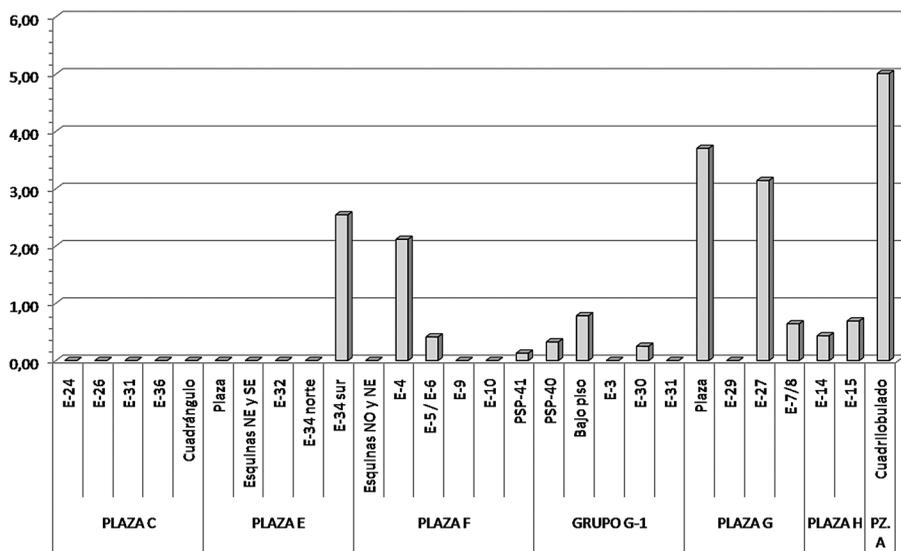


Fig. 4.—Porcentaje de incensarios sobre el total de objetos cerámicos por estructura y plaza.

EL CUADRILOBULADO DE MACHAQUILÁ

Como ya se ha apuntado, en la Plaza A (*vid.* Figura 2) es donde se encuentran las más claras evidencias de actividad ceremonial. Se trata de una plaza de pequeñas dimensiones, delimitada en sus lados este y norte por estructuras piramidales que se apoyan en las altas colinas dolomíticas que limitan el centro monumental del sitio por el este, abriéndose hacia el oeste para enlazar con la Plaza C tras salvar un pequeño desnivel de dos gradas.

La Plaza A constituye un espacio singular por ser el lugar donde se combina la mayor concentración de estructuras piramidales y estelas del sitio y la ubicación en su centro de un rasgo arquitectónico construido en forma de cuadrilobulado, identificado por Ian Graham en el transcurso de sus investigaciones en el sitio (1967: 59, fig. 42). Los motivos cuadrilobulados, considerados iconos de cueva o portales de comunicación con el Otromundo, son abundantes en la iconografía maya del periodo Clásico tal y como se manifiesta en sitios como Quiriguá, El Perú, Cancuén, Palenque, Cival y San Bartolo. Fuera del área maya, su presencia en lugares como Takalik Ab'aj, Izapa, La Blanca o Chalcatzingo da prueba de su antigüedad y persistencia en la imaginaria mesoamericana. También en los monumentos de Machaquilá el motivo cuadrilobulado aparece representado de manera recurrente, por regla general a los pies de los personajes de las estelas (Figura 5). Fueron Stuart y Houston (1994) quienes relacionaron este motivo con el rasgo arquitectónico de la Plaza A del sitio, identificado por Graham, apuntando a que los gobernantes de Machaquilá se representaban físicamente en ese espacio construido.

El interés por explorar esta excepcional materialización arquitectónica de un icono y resolver cuestiones como la de su forma exacta —Graham (1967: 60, Fig. 42), aunque reconociendo la existencia de un lado sur, dibujó un recinto trilobulado— y la de su función, que los indicios iconográficos, epigráficos y el contexto arqueológico señalaban insistentemente como posible espacio ceremonial, hizo que el proyecto arqueológico hispano-guatemalteco que trabajaba entonces en el sitio acometiera su excavación en su temporada de campo de 2005².

El cuadrilobulado, cuya forma completa se pudo determinar en el transcurso de las excavaciones, es un recinto cuadrangular de ocho metros de lado, rebajado veinte centímetros en relación con el suelo de la Plaza A, estando delimitado por una hilera de piedras bien canteadas en su cara expuesta (Figura 6). Presenta una única etapa constructiva y un único nivel estratigráfico, el correspondiente al piso original del recinto, presumiblemente de estuco, ahora por completo perdido. El espacio del cuadrilobulado proporcionó uno de los contextos arqueológicos más fecundos en lo que se refiere a vestigios materiales recuperados de todo el si-

² La descripción del proceso de excavación y los resultados se presentaron en Lacadena (2006) y Chocón *et al.* (2007).

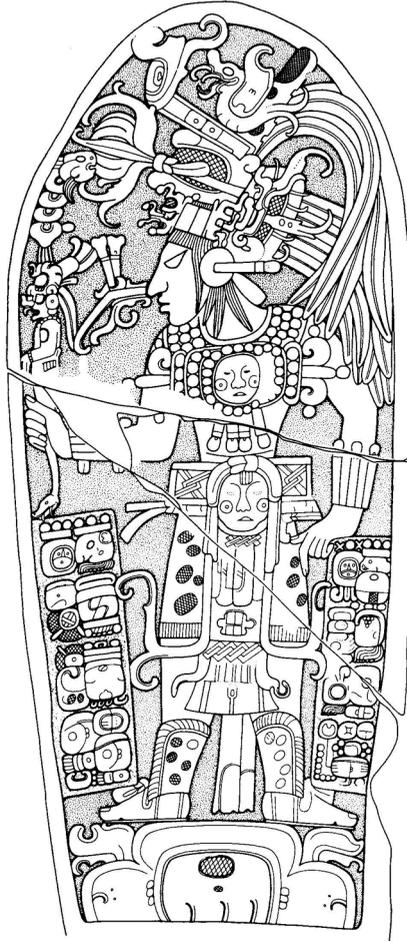


Fig. 5.—Estela 4 de Machaquilá (según Graham 1967: fig. 51).

tio. En el tercio de superficie excavada como muestra (aproximadamente 27 m²) se recuperaron casi diez mil fragmentos cerámicos, además de numerosos objetos de lítica y restos humanos.

¿Qué tipo de espacio es el del recinto cuadrilobulado de la Plaza A? ¿Por qué podemos identificarlo como un espacio ceremonial? ¿Qué tipo de ceremonia se realizaba en este espacio y cómo podemos caracterizarlo en el contexto de las actividades rituales de Machaquilá y del resto del área maya?

La cerámica y objetos diversos recuperados en el recinto cuadrilobulado así como su tipología (ollas, jarras, platos, vasos, comales, incensarios, silbatos, figu-

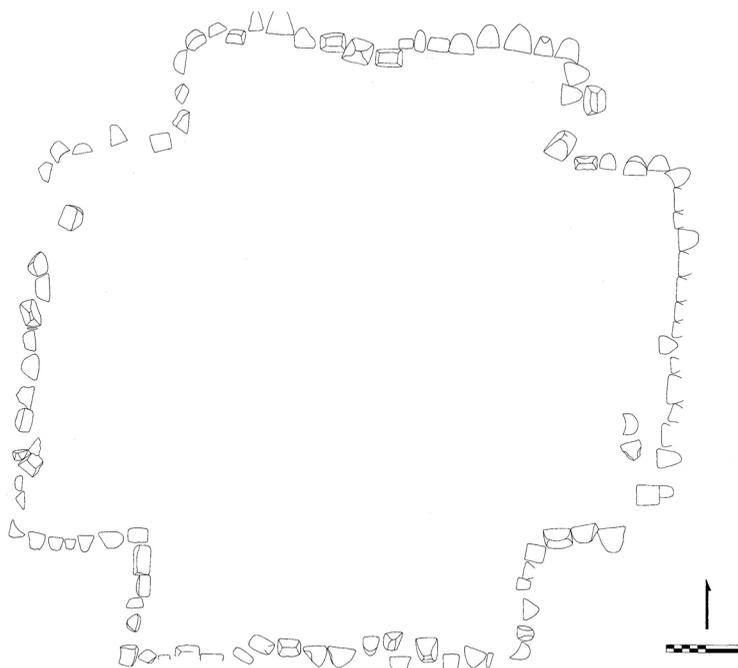


Fig. 6.—Planta del cuadrilobulado de Machaquilá (dibujo de A. Lacadena).

rillas, navajas de obsidiana, puntas y cuchillos de pedernal, y restos humanos), serían indicativos en otros contextos de la presencia de una unidad habitacional o residencial, o, incluso, por su abundancia, de un basurero. Sin embargo, el recinto de la Plaza A no cumple los requisitos ni de una unidad residencial ni de un basurero: primero, se encuentra en el centro de una plaza flanqueada por estelas y altares; segundo, no tiene estructuras habitacionales asociadas, sino pirámides coronadas por templos; tercero, como hemos señalado, el cuadrilobulado es un motivo asociado al mundo sobrenatural. El espacio cuadrilobulado de la Plaza A es, por tanto, un espacio no habitacional, no residencial, sino ritual, y los materiales asociados a él son, consiguientemente, los propios asociados a las actividades ceremoniales que se desarrollaron en él en un momento histórico dado.

El estado de la cerámica recuperada en el cuadrilobulado de la Plaza A, con amplias señales en muchos casos de haber sido quemada, y la abundancia de incensarios sugieren que el uso del fuego y la emisión de humo representaban una parte central del ceremonial. Este hecho concuerda con ritos y actividades ceremoniales documentadas en el área maya desde época prehispánica hasta el presente, que tienen el fuego y el sahumerio como uno de los componentes recu-

rrentes del ritual. La mayoría de la muestra cerámica encontrada responde a la tipología de ollas, jarras, vasos, cuencos y platos. Este dato, unido a la interesante presencia de fragmentos de comales, sugiere que la preparación, ofrenda y consumo de alimentos, bien de forma real o simbólica, constituyó también una parte importante en el desarrollo del ceremonial asociado al cuadrilobulado. Parte de este ceremonial pudo implicar la ejecución de música, como sugiere la presencia de silbatos en este contexto, si bien éstos pudieron ser depositados como ofrendas junto con otros objetos que se encuentran en el recinto cuadrilobulado, como las figurillas, las pequeñas cajas de cerámica y las puntas de proyectil.

La extraordinaria variedad y abundancia de los restos y su distribución en el recinto sugiere que no se depositaron en un único momento sino que son el resultado de la acumulación de objetos involucrados en ceremonias distintas a lo largo de un periodo. Las evidencias sugieren que después de las ceremonias los objetos utilizados en el ritual permanecían allí, lo que significa que el recinto cuadrilobulado era un lugar especializado en el ritual, de carácter permanente. Un análisis del patrón de distribución de los restos cerámicos indica que los materiales tienden a concentrarse sobre todo en el centro y hacia el oeste de este tipo arquitectónico (Figura 7). Esta alta concentración de materiales hacia el centro del recinto indica quizá que los restos materiales eran desplazados y acumulados allí, posiblemente para hacer sitio a una nueva ceremonia. Resulta llamativo, en todo caso, la práctica ausencia de material en lo excavado fuera del recinto, marcando un fuerte contraste con la acumulación en el interior. El mismo análisis sugiere que los incensarios, además de en la zona central, se disponían sobre todo en el sector norte del recinto (Figura 8).

En algunos casos, la ceremonia implicaba el cierre de una cámara. Las inscripciones de tres de las estelas de la Plaza A se refieren a cierta acción de cerrar o cubrir un espacio, expresado con los verbos *mak* «cerrar, cubrir, tapar», y *b'al* «cubrir» (Figura 9a-c). El espacio recibe el nombre de *way*, que tiene acepciones en yucateco colonial de «cámara, recámara, cuarto». Al menos en uno de los casos, en la Estela 7, la referencia al cierre de la cámara se combina con la presencia del icono cuadrilobulado a los pies del gobernante representado. En el transcurso de las excavaciones en el cuadrilobulado se encontraron, efectivamente, indicios de la existencia de una cámara de pequeñas dimensiones, desgraciadamente destruida en su mayor parte por la acción de los saqueadores. En ese lugar se recuperaron restos de cerámica no afectada por el fuego ni la erosión, así como una cierta concentración de restos humanos. Presuntamente, sobre la cámara existió un pequeño altar que reportó Graham (1967: 59), el cual posiblemente se desplazaba para abrir el recinto y se volvía a colocar una vez terminada la ceremonia.

Acerca de qué tipo de ceremonias se realizaban en el cuadrilobulado tenemos una rica información epigráfica e iconográfica, aunque difícil de interpretar en su globalidad. Por un lado, algunas de las ceremonias realizadas estaban asociadas a ritos calendáricos. Ya Graham (1967) advirtió que las fechas recogidas en las es-

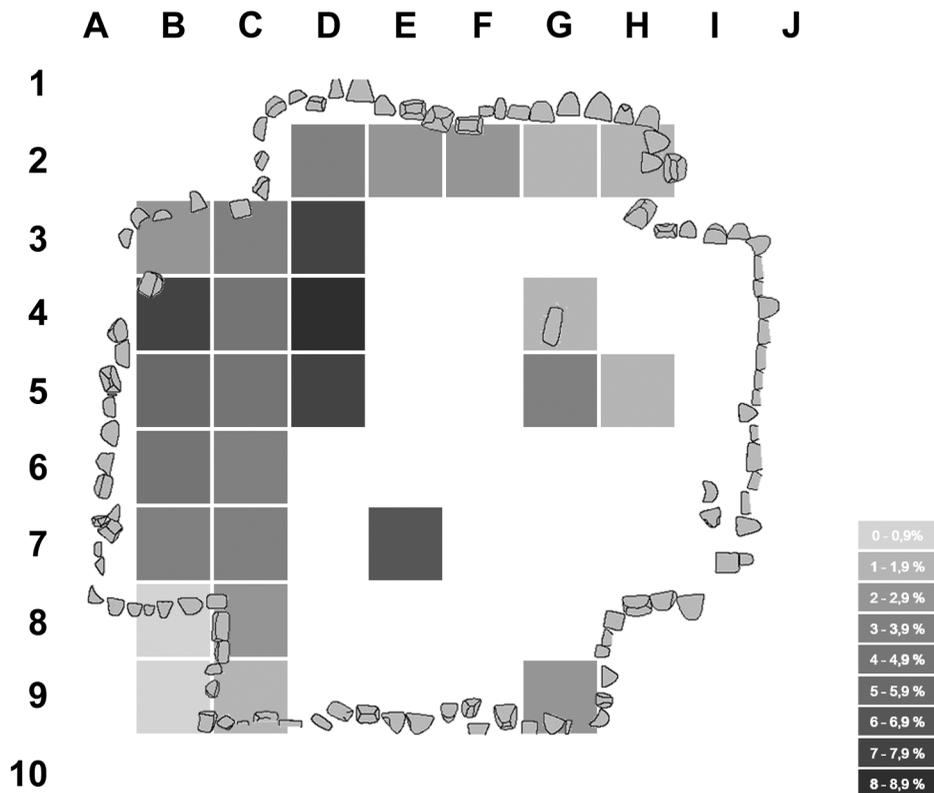


Fig. 7.—Porcentaje de fragmentos cerámicos por cuadrícula sobre el total de los recuperados en el Cuadrilobulado.

telas se correspondían al mes *Kumk'uh*, al final del año maya, y reproducían un patrón de intervalos de tiempo correspondientes a 5.1.5 o 1825 días, es decir, cinco años solares exactos de 365 días. Es un ritual, por tanto, centrado en el *haab'*. Es importante resaltar que en estas fechas de Machaquilá los días corresponden a *Chickchan*, *Men* y *Ajaw*. Resulta interesante que un ciclo calendárico recientemente identificado por Stuart (2002, 2007a) en Toniná se base también en ciclos de años solares —dieciocho años de 365 días en el caso de Toniná— y que, precisamente, los días de *Tzolk'in* asociados a las fechas de Toniná sean también *Chikchan* y *Men*, coincidentes con dos de los tres días mencionados en el ciclo de cinco años solares de Machaquilá.

La importancia de estas fechas de *Chikchán*, *Men* y *Ajaw* es que, junto con *Ok*, son justamente los días de los *ah toc*, los quemadores, recogidos en los libros de Chilam Balam y en el Códice de Dresde (Roys 1967; Thompson 1988), en un

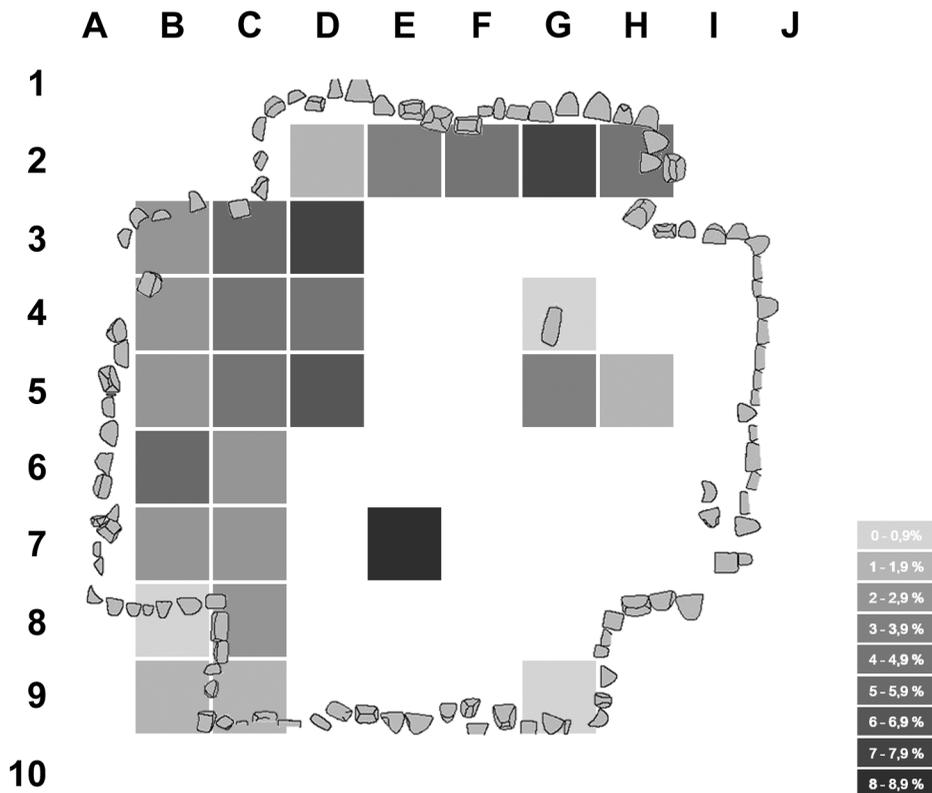


Fig. 8.—Porcentaje de fragmentos de incensarios por cuadrícula sobre el total de los recuperados en el Cuadrilobulado.

ciclo ritual de encendido y apagado de fuego. Aunque es un tema aún por explorar en profundidad, la posible relación de este ciclo con el de los *ah toc*, los quemadores, podría quizá explicar la abrumadora evidencia de fuego que se documenta en el cuadrilobulado, que estaría por tanto, entonces, en el centro del ritual. Es interesante que, en la Escalinata Jeroglífica del Palacio de Cancún, se narra que el gobernante *Taj Chan Ahkul* —quien durante cerca de veinte años reunió en su persona las coronas reales de Cancún y Machaquilá— hizo una acción a *uk' ahk'* «su fuego», y esta acción *uhti* «ocurrió» en Machaquilá (Figura 9d). Desgraciadamente, ni la fecha ni el verbo se conservan, pero sí la referencia clara a «su fuego».

Por otro lado, la iconografía asociada al Cuadrilobulado nos aporta otro tipo de información complementaria, igualmente rica. La mayoría de los tocados que llevan los gobernantes de las estelas asociadas al él muestran atributos de un ser

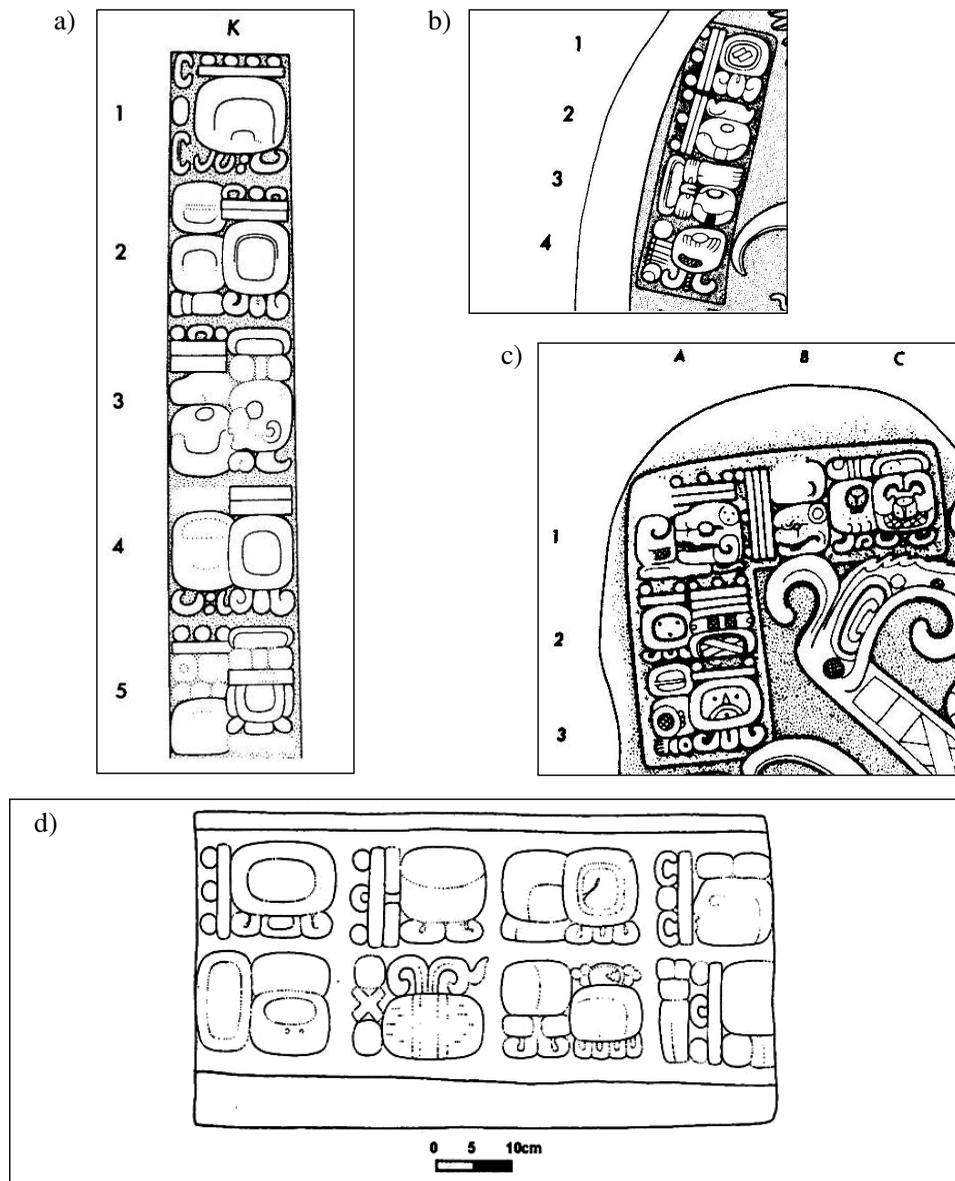


Fig. 9.—Referencias a la cámara en los textos de las estelas de la Plaza A de Machaquilá: a) Estela 2: **u-ma-ka-wa u-WAY-ya** «cerró su cámara»; b) Estela 5: **u-ma-ka-OL u-WAY-ya** «(ocurrió) el cierre de la cámara»; c) Estela 7: **u-b'a-la-wa u-WAY-ya-la** «cubrió su cámara»; d) Escalera jeroglífica de Cancuén, Fragmento 9: (bloque B2) **u-K'AK'** «su fuego», (bloque C2) **u-ti-ya T174-su-ji** «ocurrió en "Machaquilá"» (dibujos: a-c según Graham 1967: figs. 47, 53 y 57; d según Stephen Houston).

sobrenatural, llamado Serpiente de Agua³, a quien los gobernantes personifican (Figura 10). La Serpiente de Agua es reconocible por su boca sin mandíbula inferior de la que surgen motivos vegetales, y por los brotes de flores y hojas de nenúfar anudados a su frente, en ocasiones con peces mordisqueándolos. Esta Serpiente de Agua es considerada el dios de las aguas superficiales por Karl Taube, y ha sido relacionada con los *chicchanes* o serpientes que todavía hoy entre los mayas ch'orti' de Guatemala se considera que habitan en las corrientes de agua, los pozos y las cuevas (Stuart 2007b; Wisdom 1961); como ha señalado Mercedes de la Garza (1984), también para los mayas yucatecos ciertas serpientes monstruosas habitan cuevas, pozos y cenotes. En los murales de San Bartolo, la Serpiente de Agua, en su representación antropomorfa, aparece representada con *Chaahk*, el dios de la lluvia, y el dios del maíz en el interior de una tortuga, cuyo caparazón tiene forma cuadrilobulada. Resulta interesante que el Altar A de Machaquilá, ubicado al oeste del cuadrilobulado en la misma Plaza, tenga forma de tortuga con un espacio cuadrilobulado en su caparazón, y una figura antropomorfa sentada en su interior (véase Graham 1967: fig. 73). Aunque muy erosionado el relieve, la figura antropomorfa es o personifica la Serpiente de Agua, ya que lleva posiblemente un tocado con peces mordisqueando un nenúfar. Esta asociación de la Serpiente de Agua con el cuadrilobulado que observamos en San Bartolo y en Machaquilá se repite en otros ejemplos: cuando el gobernante *Taj Chan Ahk* de Cancuén se retrata en un panel de su Palacio en un espacio cuadrilobulado que

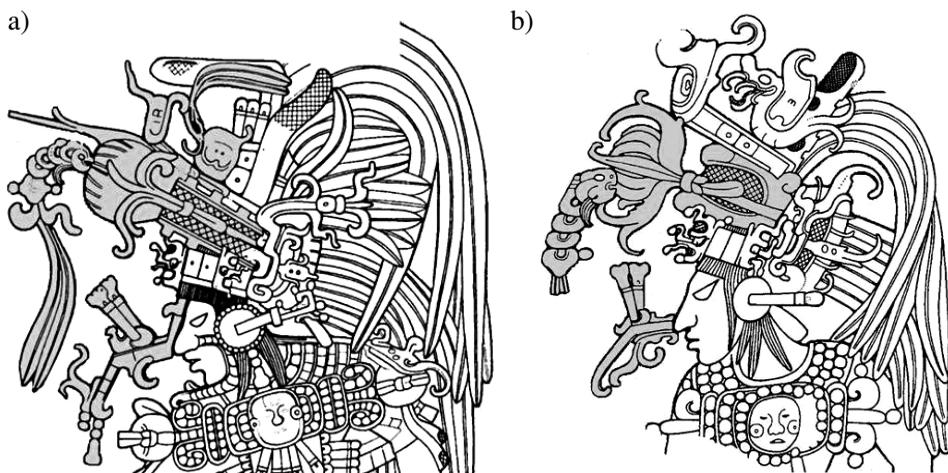


Fig. 10.—La Serpiente de Agua en tocados de gobernantes de Machaquilá: a) Estela 3; b) Estela 4 (dibujos según Graham 1967: figs. 49 y 51).

³ Stuart (2007b) ha leído su nombre como *Noh Kan* o *Witz' Kan*.

bien podría ser el de Machaquilá, como ha sido sugerido por Federico Fahsen (comunicación personal, 2007), lleva este mismo tocado de la Serpiente de Agua. Al igual que en San Bartolo, en Machaquilá *Chaahk*, el dios de la lluvia, aparece asociado al cuadrilobulado, como se observa en la Estela 10, que muestra la cabeza de este dios en el interior del cuadrilobulado representado a los pies del gobernante, como identificó correctamente Ana García Barrios (2008).

Las ceremonias del cuadrilobulado parecen vincularse, por tanto, como hemos estado viendo, tanto con rituales de fuego como con seres relacionados con el agua. En realidad, fuego y agua forman un binomio de asociación estable en toda Mesoamérica. Su presencia en el recinto ceremonial del cuadrilobulado no resultaría, entonces, extraña, máxime si recordamos las páginas 42b-46b del Códice de Dresde, donde se recoge el almanaque basado en la serie 4 *Ajaw-4 Chickchan-4 Ok-4 Men* de los *ah toc*, los quemadores. En estas páginas del Códice de Dresde se comprueba cómo estos rituales de fuego tienen a *Chaahk*, el dios de la lluvia, como principal protagonista, estando explícitamente mencionado en los textos jeroglíficos así como en la iconografía asociada.

De acuerdo con ciertas representaciones iconográficas mayas clásicas, la tortuga de caparazón hendido o cuadrilobulado está también asociada al mito de resurrección del dios del maíz y, como recreación de dicha resurrección, al culto de los antepasados reales. La Columna 1 de Ek' Balam ofrece un ejemplo paradigmático de la conjuración de un ancestro real, que se materializa surgiendo de la boca de una serpiente que sale del caparazón de la tortuga, al ser invocado por un sucesor. La semejanza de los elementos de esta escena con los del Altar A de Machaquilá, que muestra un personaje dentro del caparazón de la tortuga, así como el mismo contexto del Altar A en la Plaza asociado al cuadrilobulado, y estos a su vez a la hilera de pirámides que muy posiblemente contienen las tumbas de los gobernantes de la dinastía real de Machaquilá, sugieren con fuerza que el ceremonial de la Plaza A también incluyó probablemente estos ritos de invocación de ancestros dinásticos.

Es quizá en este sentido, de antepasados dinásticos o seres sobrenaturales como la Serpiente de Agua y el dios de la lluvia que se conjuran y materializan, en el que debemos entender la interesante expresión de la inscripción de la Estela 7 de la Plaza A que termina diciendo: **u-TZ'AK-a 15- [1]-WINAL i-u-ti 3-TZIKIN 13 HUL-OL IL-b'a** «completó —el rey— un mes y quince días y entonces ocurrió en 3 *Tzikin 13 Hul O'hl* la visión».

RITUAL Y CONFIGURACIÓN URBANA: ÁMBITOS PÚBLICOS Y PRIVADOS EN MACHAQUILÁ

El análisis de la configuración urbana del centro monumental de Machaquilá, como se avanzó en la introducción, permite insertar las interpretaciones sobre el cuadrilobulado, así como las relativas a otros depósitos rituales que se detallan

más adelante, en una gradación de ámbitos públicos y privados. Hacíamos referencia en esa introducción a una aproximación que rompe la eventual polarización dicotómica entre lo público y lo privado, sobre la base del juego de exclusividades positivas y negativas que califican a las actividades realizadas en un lugar. Desde esta perspectiva, la fuerza de las restricciones acerca de la presencia o ausencia de distintas categorías sociales de personas nos informa sobre el sentido asignado a una actividad y un lugar.

Por otro lado, tal como ha propuesto Takeshi Inomata (2006; véase también Inomata 2001) acercándose al ritual desde su vertiente de representación teatral, las ciudades mayas del periodo Clásico, siendo el asiento del poder del *ajaw*, incluyen escenarios para la realización de ceremonias públicas en las que las élites gobernantes ponían en práctica y legitimaban los papeles asociados a su posición ante audiencias masivas. Esta interpretación subraya la conexión del medio construido con el ritual: la planificación urbana de los centros mayas, y especialmente la de sus plazas, puede entenderse realizada en términos de las previsiones acerca de los marcos espaciales adecuados para un conjunto de ceremonias ligado a la ciudad. Concretamente, el tamaño de las plazas y su grado de accesibilidad desde el exterior pueden adoptarse como indicadores de la naturaleza más o menos exclusiva de las ceremonias realizadas en ellas; como indicadores de ese juego de exclusividades al que nos hemos referido.

En otro lugar hemos presentado la aplicación de este argumento al caso de Machaquilá (Ciudad *et al.* en prensa). El procedimiento consiste, por un lado, en calcular el tamaño de las plazas, como índice de su capacidad de aforo, y, por otro, en determinar los itinerarios de acceso entre unas y otras y desde el exterior (Figura 11), construyendo una red topológica susceptible de someterse al denominado «análisis gamma» para examinar su grado de accesibilidad (Hillier y Hanson 1984; Hillier *et al.* 1987). El resultado (Cuadro 1) muestra una clara asociación general entre profundidad desde el exterior y tamaño, que se rompe, sin embargo, en el caso de las Plazas B y E; el índice de asimetría relativa, también calculado dentro del análisis topológico, mide el grado de integración o segregación de cada plaza en los itinerarios interiores del conjunto —ya no desde el exterior—; los valores más bajos son propios de ámbitos desde los que se puede acceder al resto atravesando un número reducido de conexiones y que, por lo tanto, operan como receptores y distribuidores del movimiento, en el sentido de que para un hipotético transeúnte que parta de una plaza para dirigirse a otra es fácil tener que pasar por ellos, mientras que los valores altos son propios de ámbitos segregados, con una mayor distancia topológica al resto. Tomando como base la profundidad de acceso desde el exterior, pueden distinguirse tres sectores en el centro urbano de Machaquilá: público, restringido y altamente restringido. El primero lo componen las Plazas D y C, que son a la vez las más accesibles y las mayores y que, por tanto, estarían diseñadas considerando la realización de rituales con una audiencia masiva. El sector restringido está formado por las Plazas

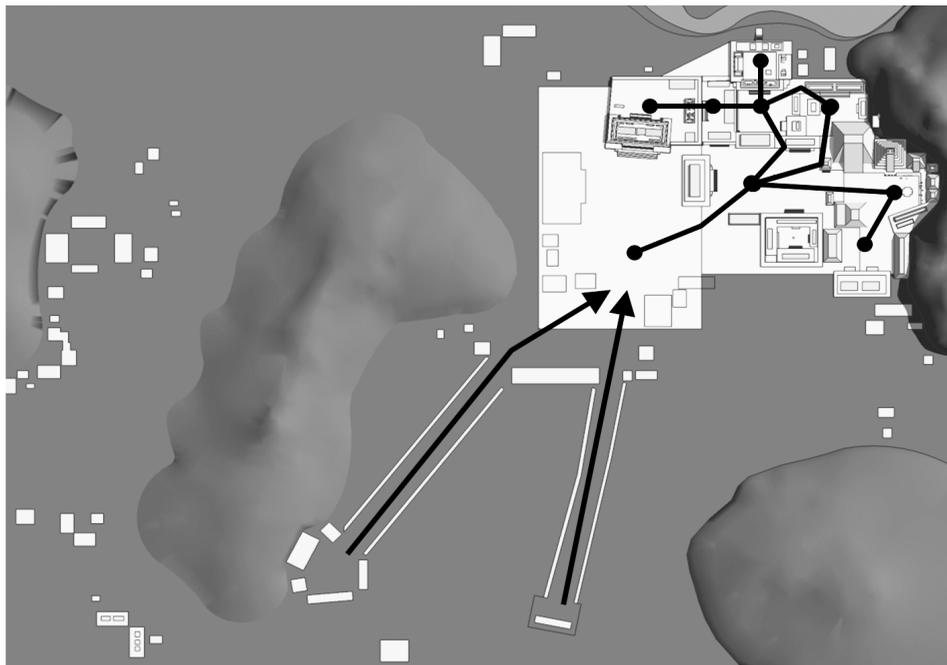


Fig. 11.—Itinerarios de acceso a y entre las plazas del área central de Machaquilá (dibujo de J. Adánez).

CUADRO 1
Accesibilidad y tamaño de las plazas del área central de Machaquilá en su última fase (Clásico Terminal)

| | Profundidad | Tamaño (m ²) ^a | Capacidad ^b (personas) | Capacidad ^c (personas) | Asimetría relativa |
|-----------|-------------|---------------------------------------|--------------------------------------|--------------------------------------|-----------------------|
| Exterior | 0 | — | — | — | 0,56 |
| Plaza D | 1 | 11.000 | 23.913 | 3.055 | 0,33 |
| Plaza C | 2 | 6.000 | 13.043 | 1.666 | 0,17 |
| Plaza A | 3 | 1.800 | 3.913 | 500 | 0,33 |
| Plaza G | 3 | 1.600 | 3.478 | 444 | 0,19 |
| Plaza H | 3 | 1.100 | 2.391 | 305 | 0,28 |
| Plaza B | 4 | 1.700 | 3.695 | 472 | 0,56 |
| Plaza F | 4 | 900 | 1.956 | 250 | 0,42 |
| Grupo G-1 | 4 | 700 | 1.521 | 194 | 0,36 |
| Plaza E | 5 | 2.200 | 4.782 | 611 | 0,58 |

^a Equivale a la capacidad estimada con una densidad de 1 m² por persona.

^b Estimación basada en una densidad de 0,46 m² por persona.

^c Estimación basada en una densidad de 3,6 m² por persona.

A, G y H, con un tamaño claramente menor que el de las anteriores y posibles lugares de ceremonias más exclusivas. Las Plazas B, F y E y el Grupo G-1 constituyen, en fin, el sector altamente restringido, si bien tienen distinto carácter y, en lo relativo al tamaño, incluyen las excepciones ya mencionadas.

Lo más destacable en la clasificación tripartita anterior es la ubicación de la Plaza A no en el sector público, sino en el sector restringido. Como ya se ha señalado, la Plaza A constituye un ámbito con un marcado carácter religioso y seguramente funerario, ligado al culto dinástico a través de la asociación de estelas, cuadrilobulado y estructuras piramidales; sin embargo, tanto su tamaño como su grado de accesibilidad desde el exterior indican que los rituales asociados con ese culto tenían en ella un carácter exclusivo. Este hecho constituye una anomalía; autores como Julia Sánchez (2005) o Takeshi Inomata (2006) han subrayado la importancia de las estelas y el culto dinástico en los rituales públicos, sobre la base de la presencia de aquéllas en las plazas de mayor capacidad. Esta pauta es la que se rompe en la Machaquilá del Clásico Terminal. Las plazas mayores y más accesibles de Machaquilá tienen una condición primariamente residencial-administrativa.

La accesibilidad y el tamaño medios de la Plaza A no excluyen, desde luego, la celebración de ceremonias públicas en su seno, pero sí sugieren para éstas una audiencia más exclusiva en un escenario algo más segregado. Por otro lado, las estelas no están ausentes en el sector público. La Plaza D —la mayor— contaba de hecho con tres, dos situadas al pie de la Estructura 34 (que conocemos únicamente por sus espigas) y una en el extremo sur de la plaza; la Plaza C, por su parte, albergaba dos estelas en su centro, posiblemente tres. A pesar de estos matices, la desproporción en el número de monumentos y la diferente función de sus edificios apuntan hacia rituales masivos con una vertiente más real-administrativa que dinástica-funeraria.

La disposición de estas mismas plazas en el plano tentativo de una fase anterior, a fines del Clásico Tardío, subraya la señalada anomalía, porque permite ver cómo fue buscada mediante la construcción de distintos conjuntos que redujeron el tamaño de la primitiva Plaza C y dejaron a la Plaza A en una posición más segregada y cerrada. Si esto es así, lo que plasmaría el cambio urbanístico de Machaquilá realizado ya en el Clásico Terminal sería una transformación de los rituales dinásticos tendente a separarlos de las audiencias masivas y, por implicación, una transformación en las estructuras de legitimación de las élites.

Nos trasladamos ahora hacia la parte norte de la ciudad. El sector que hemos denominado restringido incluye, además de la Plaza A, las Plazas G y H. En estos dos últimos casos, se trata de ámbitos insertos en lo que cabe caracterizar como un complejo palaciego, por tanto con un carácter residencial-administrativo, que ocupa toda esa parte septentrional de la ciudad. Dentro de él, las Plazas G y H operan —tal como refleja en particular el índice de asimetría relativa de la Plaza G— como receptores y distribuidores de la circulación, como patios del palacio.

Ese carácter residencial-administrativo no excluye la práctica de rituales en su seno; el propio esfuerzo iconográfico y arquitectónico invertido, particularmente en la Plaza G, sugiere de hecho su realización. Sí apunta hacia ceremonias de tipo más político que religioso y, como indica su ubicación en el sector restringido, de naturaleza más exclusiva y circunscrita a la élite.

Por último, en el sector más segregado se incluyen ámbitos con distinta personalidad. Desgraciadamente, no sabemos lo suficiente de la Plaza B como para tratar de explicar su profundidad desde el exterior y su tamaño relativamente grande; ha de quedar como una incógnita. La Plaza F, por su parte, es claramente un grupo residencial de élite ubicado dentro del complejo palaciego; el que estuviera dedicado a una esposa del *ajaw* (Iglesias y Lacadena 2003), junto con el hecho mismo de que forme un grupo completo dentro del complejo, indica la asociación de sus moradores con el estrato social más elevado. Es de suponer que las ceremonias que se escenificaran en la Plaza F tendrían una audiencia muy restringida, en consonancia con su vertiente residencial altamente segregada y de acceso limitado, pero, dada la elevada posición social que presumimos en sus residentes, seguramente no carecerían de sentido político.

Aunque la Plaza E también podría considerarse un grupo dentro del mismo conjunto palaciego, la calidad de dos de sus edificios —las Estructuras 32 y 34— y la orientación de estos mismos hacen que destaque como un ámbito bifronte, porque por un lado participa de la zona residencial, que en cierta manera preside al ser E-32 la estructura de cota más elevada entre las que se asoman a la Plaza G y contar, además, con la antesala —y posible escenario— que supone el Grupo G-1; pero, por otro lado, la Plaza E está ligada a la zona más pública, representada por la Plaza D, la cual domina desde la Estructura 34. Si se observa que E-32 y la fachada principal de E-34 dan la espalda a la propia plaza, resulta sugerente pensar en un espacio ritual entre bastidores, restringido en su acceso —tanto en términos de circulación como visuales— y al tiempo vía de comunicación semiprivada entre el interior del complejo palaciego y el escenario público que constituiría el frente de E-34. La decoración escultórica en estuco que se situó en la fachada posterior de esta última, fuera de la vista del auditorio, nos recuerda —para terminar— que la escenificación por parte de la élite de un mensaje ideológico dirigido a una audiencia no estorba la implicación de la propia élite en la ideología escenificada.

RESTOS DE ACTIVIDAD RITUAL FUERA DE LA PLAZA A⁴

¿Cuáles son las evidencias directas de prácticas rituales enmarcadas en los ámbitos públicos, restringidos y altamente restringidos que acabamos de descri-

⁴ Véase Iglesias y Ciudad (2010).

bir? Adoptando como indicador de esas prácticas la presencia de restos de incensarios, los resultados obtenidos fuera del espacio singular que constituye el cuadrilobulado y la Plaza A son extremadamente llamativos por su escasez. Aunque las excavaciones realizadas en ningún caso fueron exhaustivas —como ya ha quedado señalado en la introducción—, lo cierto es que en el registro de varias estructuras, e incluso plazas enteras, no figura ni un solo fragmento significativo que se pueda calificar de incensario; allí donde los hay, en la mayor parte de los casos guardan relación con acciones rituales muy específicas de abandono de la ciudad.

Así en la Plaza C ($n = 898$), que implica a las Estructuras 24, 26, 31, 36 y el Cuadrángulo (E-38 a 41), no se ha encontrado ningún fragmento, ni siquiera en relación con una punta de pedernal localizada en la unión meridional de las Estructuras 31 y 29, y que debe remitir a su colocación intencional en un lugar que no iba a ser ya utilizado, por lo que se puede asumir que implica un ritual de abandono.

La Plaza D ($n = 118$) apenas tiene tres fragmentos procedentes del saliente de escalinata de la fachada Sur de la E-34, que quizás guardan relación con las estelas que estuvieron colocadas en el frente.

En las excavaciones de la Plaza E ($n = 1729$), con las emblemáticas Estructuras 32 y 34 implicadas, tampoco tenemos constancia de fragmento de incensario alguno. Pero sí podríamos hablar de otro tipo de ofrendas de difícil adscripción, y no tanto por el contexto, los materiales o la acción en sí, sino porque otros elementos, como pueden ser los cronológicos, introducen una explicación diferente. Este es el caso de una concentración de materiales cerámicos pertenecientes a formas abotelladas del tipo Chilo sin Engobe y de jarras del tipo Trapiche Rosáceo, ambos pertenecientes al periodo Postclásico. Su contexto está en la confluencia de la esquina NE de la escalinata posterior, en el basamento inferior de la Estructura 34, en el lado que se abre a la privada Plaza E.

Es necesario apuntar que la presencia de materiales tan tardíos en las excavaciones de la ciudad es muy reducida, aunque natural si sabemos que para entonces Machaquilá estaba ya abandonada. Bien es cierto que, como se ha visto en otras concentraciones urbanas mayas, al tratarse de una gran estructura, poseedora de estelas en uno de sus accesos (Plaza D) y de una fachada primorosamente estucada en el otro (Plaza E) es natural que se mantuviera con un cierto uso ritual, si bien no tanto por parte de los moradores originarios sino por habitantes que mantuvieron el recuerdo de un pasado glorioso.

La Plaza F ($n = 2450$) es posiblemente uno de los espacios más privados de la ciudad y donde debieron llevarse a cabo todo tipo de acciones vitales cotidianas, pero donde también cabría esperar la presencia de un cierto nivel de ritualidad doméstica, que es habitual hallar en este tipo de espacios de otras ciudades mayas de la época. En este caso no es así, y apenas contamos con 10 fragmentos de localizaciones variadas y en su mayoría (7) relacionados con la Estructura 4 ($n = 331$).

Este edificio tenía asociada una posible ofrenda de abandono en la parte central interior de la estructura, la cual consistía en un pequeña olla de tipo Pantano Impreso (de uso diario como vasija de servir de contextos domésticos), junto a un objeto de los que denominamos espejo, compuesto por una ligera placa de piedra arenisca y 17 fragmentos de láminas de pirita; en la parte inmediatamente superior a esta ofrenda se localizaron más de 300 lascas de pedernal, muy habituales como marcadores de diferentes tipos de rituales, incluidos los funerarios.

Otros dos fragmentos de incensario aparecieron en la parte superior de la Estructura 10, en relación con una fuerte concentración cerámica calificada como basurero ($n = 1568$). Un último fragmento apareció en la plaza, en el área de transición hacia el río.

La Plaza G ($n = 4410$), es la que ha proporcionado un mayor número de fragmentos, 23, pero realmente la cifra es poco significativa, tanto por el porcentaje que representa (0,52%) como por el hecho de que 12 de tales fragmentos pueden estar en relación con sendos rituales de abandono, lo que disminuiría el porcentaje, y que otros dos fragmentos proceden nuevamente de una concentración cerámica conceptualizada como basurero.

También, en la Estructura 7/8 contamos con la evidencia de dos actos rituales de abandono muy similares, y localizados en espacios adyacentes (Figura 12). El primero es un cuchillo de pedernal completo con la punta mirando hacia el sur, hacia la Plaza G, al que acompañaba un pequeño cono de caliza con restos de haber sido quemado; estos objetos se colocaron cuidadosamente en la esquina NO de la Estructura 8. En la cámara contigua, y cerca de su esquina NE, se hallaron dos objetos claramente depositados sobre el suelo de estuco: un excéntrico de pedernal gris y un pequeño pie de caliza, que fueron orientados hacia la puerta de unión con la Estructura 8; en el material general de limpieza de la estancia se hallaron 6 fragmentos de incensario.

En relación con la parte exterior de esta Estructura 7/8 y en su lado SE, es donde se reportó una fuerte concentración de material, que incluyó la presencia de algunos fragmentos de incensario.

Un último ritual de abandono en esta Plaza G habría tenido lugar en la conjunción de las Estructuras 26 y 27; así, en el basamento inferior de la Estructura 27 se constató, primeramente, un área quemada con bastante material cerámico, típico en numerosas actividades ceremoniales, que incluyó 6 fragmentos de incensario. Sobre el suelo de plaza estucado, y junto a una nueva concentración de material cerámico, se hallaron en colocación primaria dos puntas de proyectil de tipo hoja de laurel y un cincel, los tres realizados en pedernal.

En la Plaza H ($n = 377$), donde se excavaron dos plataformas, apenas se hallaron dos fragmentos significativos. Y, por último, en las investigaciones de los Grupos Habitacionales sólo se reportó una pieza entera pero fracturada de incensario cucharón con mango, que se ha incluido como un posible ritual de abandono (Figura 13).

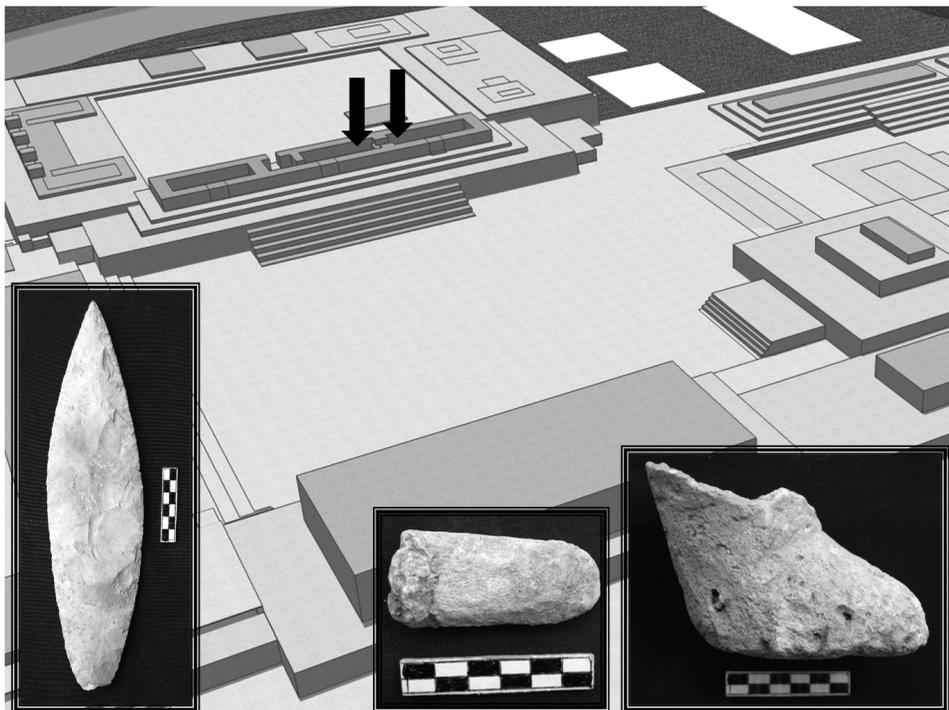


Fig. 12.—Objetos depositados como ofrenda en la Estructura 7/8.

CONCLUSIONES

Para recapitular, entendemos que la revisión expuesta de las evidencias rituales detectadas en las excavaciones de Machaquilá, combinando el estudio de los restos muebles e inmuebles que indican actividad ritual y el examen de la configuración urbana de Machaquilá, nos permite subrayar algunos puntos:

1. En primer lugar, los resultados de los trabajos arqueológicos en el cuadrilobulado de la Plaza A corroboran su vinculación con los motivos cuadrilobulados del repertorio iconográfico de la propia Machaquilá y del mundo maya clásico en general. Además de confirmar su forma completa, los materiales recuperados en su interior permiten conferirle un carácter marcadamente ceremonial. Ello abre un fascinante punto de intersección entre arqueología, epigrafía e iconografía, de cuya exploración hemos señalado algunos avances sustantivos, como las huellas materiales de la posible cámara a la que aluden los textos en las estelas, la vinculación con rituales de fuego y, al tiempo, con seres

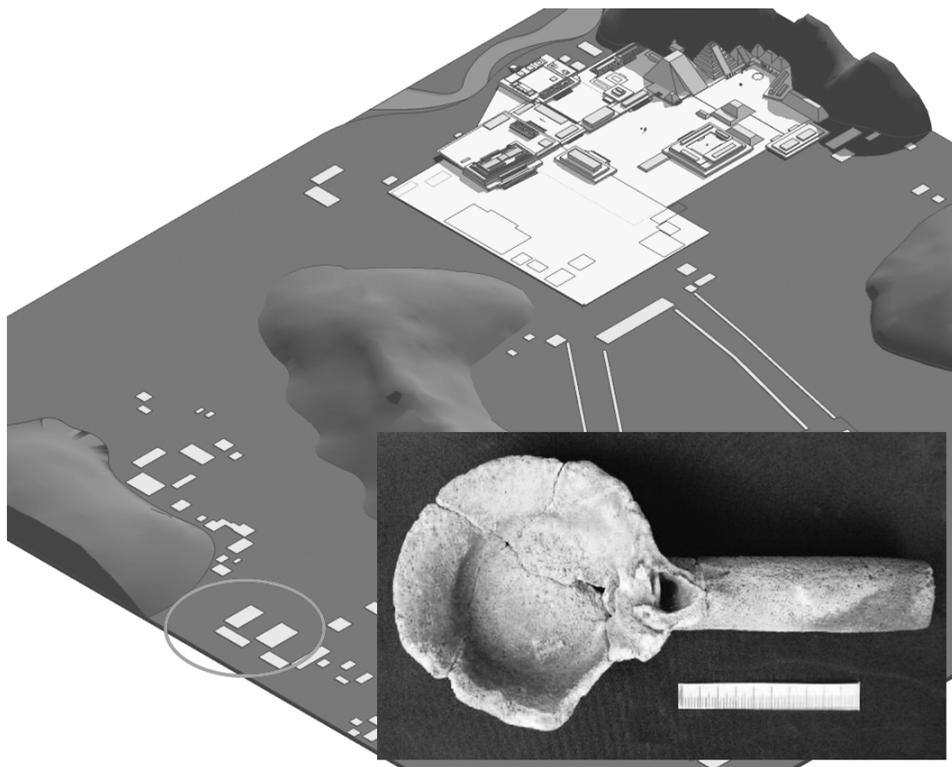


Fig. 13.—Incensario depositado como ofrenda en la Estructura 1 del Grupo 10.

relacionados con el agua y la asociación de todo ello con la invocación de los ancestros.

2. En segundo lugar, desde el punto de vista del sentido ritual de la configuración urbana, creemos que Machaquilá puede aportar un caso interesante para la comprensión de las transformaciones que experimentó el mundo maya en las últimas fases del período Clásico. La restricción a audiencias limitadas de los ámbitos y ceremonias ligados al recuerdo y la continuidad de la historia dinástica, desplazando hacia zonas más exteriores y administrativas los lugares diseñados para albergar a un público masivo, apunta hacia la hipótesis de una redefinición de las relaciones ideológico-políticas entre las élites y la población sujeta a ellas en la que el culto dinástico pierde centralidad.

De forma paralela a este desplazamiento, en Machaquilá se observa también un cierre del área residencial-administrativa, que termina conformando un com-

plejo palaciego segregado, articulado internamente a través de patios con diferente grado de exclusividad y conectado con las plazas de carácter público —como muestra especialmente la conformación de la Plaza E en relación con la Plaza D— a través de espacios visual y topológicamente abrigados que, al tiempo, constituirían las candilejas de un escenario abierto a la vista del público.

3. Por último, hemos constatado la llamativa escasez de huellas de prácticas rituales fuera de la Plaza A y más allá de las que pueden derivarse de la existencia de decoración escultórica en piedra y estuco o de la propia configuración urbanística. Aun descontando el hecho de que esta característica ha de ser en parte un efecto del tipo de excavación realizado, la reducida presencia de depósitos rituales sigue mostrándose singular y se acentúa aún más cuando se considera que la mayor parte de ellos se corresponden con rituales de abandono.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CHOCÓN, Jorge, M.^a Josefa IGLESIAS, Alfonso LACADENA y Jesús ADÁNEZ. 2007. «Excavaciones en Machaquilá, Petén: Temporada de Campo 2005». En *XX Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2006*. Eds. J. P. Laporte, B. Arroyo y H. Mejía, pp. 565-581. Ministerio de Cultura y Deportes, Instituto de Antropología e Historia, Asociación Tikal, Fundación Arqueológica del Nuevo Mundo. Guatemala.
- CIUDAD, Andrés, Jesús ADÁNEZ y M.^a Josefa IGLESIAS. En prensa. «La imagen del poder real: las plazas monumentales de Machaquilá». En *Lugares y representación: ceremonias comunitarias mayas*. Ed. R. Liendo. CEM-IIA. UNAM. México.
- CIUDAD, Andrés y Alfonso LACADENA. 2006. «La fundación de Machaquilá, Petén, en el Clásico Tardío Maya». En *Nuevas ciudades, nuevas patrias: fundación y relocalización de ciudades en Mesoamérica y el Mediterráneo antiguo*. Eds. M.^a J. Iglesias, A. Ciudad y R. Valencia, pp. 149-180. SEEM. Madrid.
- . 2008. «Procesos históricos de reorientación durante el Clásico Tardío en Machaquilá». *Mayab* 20: 145-160.
- GARCÍA BARRIOS, Ana. 2008. *Chaahk, el dios de la lluvia, en el periodo Clásico maya: aspectos religiosos y políticos*. Universidad Complutense de Madrid, E-Prints Complutense. Madrid.
- GARCÍA, José Luis. 1976. *Antropología del territorio*. Taller de Ediciones JB. Madrid.
- GARZA, Mercedes de la. 1984. *El universo sagrado de la serpiente entre los mayas*. UNAM. México D.F.
- GRAHAM, Ian. 1967. *Explorations in El Peten, Guatemala*. Middle American Research Institute Publication 33, Tulane University, Nueva Orleans.
- HILLIER, Bill y Julienne HANSON. 1984. *The social logic of space*. Cambridge University Press. Cambridge.
- HILLIER, Bill, Julienne HANSON y Hillaire GRAHAM. 1987. «Ideas are in things: an application of the space syntax method to discovering house genotypes». *Environment and Planning B: Planning and Design* 14 (4): 363-385.

- IGLESIAS, M.^a Josefa y Andrés CIUDAD. 2010. «Rituales de Clásico Terminal en Machaquilá, Petén». *Península* IV (1): 33-60.
- IGLESIAS, M.^a Josefa y Alfonso LACADENA. 2003. «Nuevos hallazgos glíficos en la Estructura 4 de Machaquilá, Petén, Guatemala». *Mayab* 16: 65-71.
- INOMATA, Takeshi. 2001. «The Classic Maya royal palace as a political theater». En *Reconstruyendo la ciudad maya: el urbanismo en las sociedades antiguas*. Eds. A. Ciudad, M.^a J. Iglesias y C. Martínez, pp. 341-361. SEEM. Madrid.
- . 2006. «Plazas, performers, and spectators: political theaters of the Classic Maya». *Current Anthropology* 47 (5): 805-842.
- LACADENA, Alfonso. 2006. «Excavaciones en Machaquilá. Temporada 2005: El recinto cuadrilobulado de la Plaza A». En *Reporte n.º 20. Exploraciones arqueológicas en el sureste y centrooeste de Petén*. Eds. J. P. Laporte y H. Mejía, pp. 74-123. Atlas Arqueológico de Guatemala y Área de Arqueología de la Universidad de San Carlos. Guatemala.
- ROYS, Ralph L. 1967. «*The Book of Chilam Balam of Chumayel*». University of Oklahoma Press. Norman.
- SÁNCHEZ, Julia L. J. 2005. «Ancient Maya royal strategies: creating power and identity through art». *Ancient Mesoamerica* 16: 261-275.
- STUART, David. 2002. «An Unusual Calendar Cycle at Tonina». www.mesoweb.com/stuart/notes/Cycle.pdf.
- . 2007a. «More on the nine-year solar cycle at Tonina». www.decipherment.wordpress.com/2007/11/30/more-on-the-nine-year-solar-cycle-at-tonina/
- . 2007b. «Reading the Water Serpent as WITZ' ». www.decipherment.wordpress.com/2007/04/13/reading-the-water-serpent/
- STUART, David y Stephen D. HOUSTON. 1994. *Classic Maya Place Names*. Dumbarton Oaks. Washington D.C.
- THOMPSON, Eric S. 1988. *Un comentario al Códice de Dresde. Libro de jeroglifos mayas*. Fondo de Cultura Económica. México.
- WISDOM, Charles. 1961. *Los Chortís de Guatemala*. Ministerio de Educación Pública. Editorial José de Pineda Ibarra. Guatemala.